





TAN SOLO ERAN RETRATOS



Miriam Baños

TAN SOLO ERAN
RETRATOS



Primera edición: febrero de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miriam Baños

ISBN: 978-84-17784-20-1

ISBN digital: 978-84-17784-21-8

Depósito legal: M-4478-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi tía-abuela, doña Ana Diego Monfort,
una gran mujer de su tiempo.
A mi padre, que desde el cielo, sigue estando presente.
A todos aquellos que amen la literatura de tal modo que la
sientan como algo imprescindible en sus vidas.*



PRÓLOGO

Prologar un libro produce una gran ilusión por la oportunidad de aproximarlo, de darlo a conocer a los/as lectores/as, al mismo tiempo, una responsabilidad, la que implica, incitar a su lectura con estas primeras palabras que constituyen el prólogo. En este caso, la ilusión es doble ya que la escritora, su autora, es una muy estimada ex alumna a la que tuve el placer de convertir en «una apasionada de las letras», según sus propias palabras... Gracias, Miriam, por pensar en mí, para mí supone una gran satisfacción. Te auguro muchos, muchos éxitos.

Con esta ópera prima, Miriam Baños, destacada abogada, seducida por las musas, debuta en el mundo literario. A esta pronto le seguirán otras dos obras que ya están en manos de su editorial para su pronta publicación y, dos más, ya iniciadas, madurando en el cajón. Trabajadora infatigable, constante y concienzuda hace suyas las palabras de Picasso «que la inspiración me venga mientras trabajo».

Tan solo eran retratos, la novela que nos ocupa, es un relato lleno de ideas pero sobre todo, de fragmentos de vidas. Es un camino por la historia desde el siglo XIX hasta nuestros días, con retazos de la vida de personas anónimas, desconocidas, que página a página, vamos conociendo mejor e identificándonos con ellas. Las protagonistas, dos mujeres vitales, fuertes, seguras de sí mismas y adelantadas a su tiempo, una escritora, Gabriela Guzmán, la otra,

espía, Dulce Scalatti alias Arlette Toussen, más conocida como «la pantera azul», se cruzan un día por casualidad en un puente del Sena, en París. «Cuando se conocieron cada una tenía objetivos distintos pero coincidieron en el mismo tiempo y espacio así como en su carácter y aplomo». Eran almas gemelas.

Con un estilo de reminiscencias preciosistas, con una lengua literaria pura y refinada, la autora nos lleva por los salones literarios*, tan de moda en la época, de ciudad en ciudad, del París libertino a la glamurosa Venecia y al Londres enigmático. Multitud de intrigas y de misterios, bajo un telón de romance y un denominador común: la búsqueda de la LIBERTAD con mayúsculas.

Solo el misterio nos hace vivir. Solo el misterio, decía García Lorca. Lo misterioso, lo desconocido, es lo que nos impulsa a buscar, a ser curiosos con la vida. Querido/a lector/a espero que desde las primeras páginas te enamores de las protagonistas, de estas mujeres intrépidas, apasionadas, valientes, triunfadoras... y sigas leyendo su historia, devorando páginas hasta el final.

**En la Francia del siglo XVII, los salones comenzaban su andadura como espacio público capaz de generar nuevas normas y valores sociales. En los salones, las mujeres tenían una notable presencia y protagonizaron el movimiento literario y social conocido como preciosismo. Las preciosas, que declaran preferir la aristocracia del espíritu a la de la sangre, revitalizaron la lengua francesa e impusieron nuevos estilos amorosos; establecieron pues sus normativas en un terreno en el que las mujeres rara vez habían decidido. De Miguel, Ana El feminismo a través de la historia.*

ROSA M FERNÁNDEZ ROSADO
PRESIDENTA DEL CONSEJO RECTOR
COLEGIO LOS NARANJOS

INTRODUCCIÓN

«El arte de escribir es el arte de descubrir en qué crees».

GUSTAVE FLAUBERT.

«Ellas, delicadas y a la vez peligrosas. La escritora o la espía. Cualquiera de ellas podrías ser perfectamente tú... Templanza, superación y admiración mutua. Adentrarse en esta historia será la clave para descubrirlo».

Cuando la retórica se impone al pensamiento y las ideas fluyen del mismo modo que el agua salada brota de unos ojos húmedos, regresando a través de su cauce al mar, no importa que estemos embelesados por el dulce rubor que nos enciende las mejillas, tras introducirnos en el entramado de esta obra, involucrándonos en su historia, empapándonos de su trama, reviviendo en primera persona a cada personaje, metiéndonos en su piel, en su mente, empatizando con todos y cada uno de sus protagonistas. Los mismos nos introducen en su contexto, en su mundo, en su sintonía... Son sentimientos y sensaciones palpables en nuestra piel tras el paso de cada página, igualándose a cada despertar, en ese esplendoroso amanecer que aca-riciamos cada día tras cada capítulo que nos envuelve y atrapa.

Vivir, amar, sentir, soñar... Escribir sin parar, sin control y sin reloj... La historia de tu vida, la historia de otras vidas, en otros espacios, en otros tiempos... Historias, relatos, momentos, sinsabores. Instantes agrios, amargos, pero también álgidos, sublimes, intensos... En definitiva, vidas ajenas que, a través de estas hojas, se convierten en las nuestras propias... Vidas dignas de ser contadas. Historias convertidas en leyenda.

Tan solo eran retratos es pura esencia. Desprende, al mismo tiempo, calor y frescura en su magia... Atrapas, abrumas, envuelves; simplemente tú... Otra época, otro contexto, otras vidas, nuevas oportunidades. Otros ojos que atraviesan nuestra mirada, que acarician y envuelven todo nuestro ser... *Tan solo eran retratos*. El amor de tu vida, el amor de la literatura, el amor de la mía.

A través de estas hojas, el aire huele a ti, tu perfume te delata, tu mirada enciende tu ser. Nos encanta sentir tu escalofrío tras pasar cada página, adentrándonos en tu trama; una trama que nos hace tambalear, introduciéndonos en tu mundo. Sentimos el roce de tus caricias a través de tus hojas, a través de cada capítulo. Nos presentas con calidez y cercanía el devenir de cada personaje, su desarrollo personal, profesional y sobre todo, intelectual. Acompañamos en todo momento a nuestros protagonistas en su cambio, en su superación, en la progresión y consecución de nuevos retos... Todos y cada uno de ellos se aproximan al lector con tanta fuerza y admiración que parece que estemos en su piel, que nos adelantemos a sus pensamientos, que enfoquemos todos nuestros instintos de forma tan plena y tan álgida que viviremos sus vidas a través de esta historia. Sus historias serán las nuestras...

En plena trama de la novela, el contraste entre el día y la noche, se funde con la intrepidez de sus personajes, insólitos e impecables en todos los sentidos. Llegarán a vivir tan intensa y aceleradamente que van a rozar hasta lo irracional. De dicho modo, podemos introducirnos en sus pensamientos y en sus corazones. Cada rubor o latido que genera el paso de cada hoja, de cada capítulo, nos adentra en otro atardecer con más luz que el anterior, presagiando una eterna madrugada de espejos recompuestos, vidas pasadas reforzadas y con un eterno y prometedor futuro que revivirán nuestros protagonistas. Todo envuelto bajo el relato incomparable de un inigualable profesor, Hanselman Necker, la voz y el alma de toda esta historia.

Su contenido te transportará a lugares, hechos e historias de las cuales no podrás escapar. Meterse en la piel de cada personaje e, incluso, enamorarte de alguno de ellos, de la obra en sí misma, es como escribir un pasaje más en el libro de tus días, rellenar una hoja más que estaba en blanco en la historia de tu vida... En *Tan solo eran retratos*, todo está permitido, todo es válido, todo es posible. Hay magia, hay realidad, hay historia, hay leyenda.

El libro habla por sí solo, sobre todo cuando la historia convertida en leyenda cobra forma en ella...

La diversidad de localizaciones, casi toda Europa se entremezcla en esta obra, donde a personajes de diversa nacionalidad les unirá algo más que el sentimiento de la búsqueda de la libertad, la fascinación por lo sublime y lo desconocido, sus habituales tertulias y veladas en salones literarios, así como el descubrimiento de todos los entresijos, sinsabores y gozos

de una época que destaca por sus luces y sus sombras. Descubriendo y disfrutando de todo lo prohibido por entonces. En dicho contexto, en dicha época, ellos harán que esa temporalidad efímera del ser humano los convierta en eternos, en leyenda.

La protagonista, Gabriela Guzmán, ya en su adolescencia, se halla en un contexto demasiado arraigado y sin poder sentirse ella misma, decide lanzarse a la aventura de *Tan solo eran retratos*, siguiendo la imagen de una postal parisina que convertirá en realidad.

En el manuscrito, aparecen dos extraordinarias mujeres. Cada una nos marcará a su manera. Solamente fundiéndose las dos, se convierten en invencibles. Cada una por su parte, en una leyenda.

Respecto al resto de los personajes, nos descubrirán sus sentimientos de modo que reviviremos su vida, como si fuésemos inmortales, pues ellos lo serán, en cierto modo... En *Tan solo eran retratos* es posible hacerlo.

Tan solo eran retratos, la esencia de un pasado, de un presente y de un prometedor futuro que no os puede faltar en vuestra vida, en cualquier hora, en cualquier momento. *Tan solo eran retratos*, se convertirá en vuestro más fiel compañero y aliado.

Más que un pasado, esta historia es una realidad convertida en leyenda.

Tanto el contenido como la esencia de esta obra, no os dejará indiferentes...

Quedaos con la esencia de *Tan solo eran retratos*, espero que os llegue cada palabra, cada capítulo, desde la más sincera inspiración que me llegó a mí para desarrollar este magnífico manuscrito. Que las musas de esta obra os acompañen en su lectura.

Su triunfo es el vuestro.

MIRIAM BAÑOS
AUTORA



I REMINISCENCIAS



1

Gabriela Guzmán dejó una huella imborrable en todos aquellos que la conocieron, e incluso, en los que solamente oyeron hablar de ella.

En sus últimas apariciones públicas, aún los flashes plasmaban la perfección de su tez. La gente la admiraba, embriagándose del característico perfume que la acompañaría durante toda su vida.

Era un día de intensa tormenta cuando así la recordaba Hanselman Necker. Gabriela era mayor que él, no obstante, fue su mejor amiga y confidente, conociendo éste cada una de sus debilidades.

El ya entrado en años señor Necker, era el tutor de Elisabeth, nieta y única descendiente de Gabriela Guzmán. Beth tuvo una intermitente convivencia con su abuela, por lo que desconocía muchos aspectos sobre ella. Ambas siempre mantuvieron una relación bastante fría y distante.

Gabriela veía en Elisabeth una réplica de sí misma al comparar ambas idénticos rasgos tanto físicos, así como una arrolladora, marcada, pero a la vez, distinguida personalidad. De entre otros tantos rasgos, las delataba una similar mirada esmeralda y un carácter inquieto por parte de la joven que recordaba gestos de la primera, llegándose a convertir en un reto para la ya vieja Gabriela que intentaba olvidar su pasado.

Tales semejanzas llegarían a convertirse en el detonante a nivel personal, así como profesional del éxito de la más joven.

Gabriela quería mantenerse alejada tanto de su nieta como de Hans. Intuía que la gente de su alrededor no tenía un futuro tangi-

ble, sino un horrendo destino; idea que el mismo profesor terminaría desechando a lo largo de su vida, haciéndole ver a Elisabeth que era en lo único en lo que se equivocaba aquella admirable mujer.

Por otra parte, respecto a la relación que mantuvo Hanselman Necker con el señor Jeffrey Scott, el abuelo de Beth, todo empezó con un simple «gracias» por su parte.

Desde temprana edad, tuvo el privilegio de vivir con él. La última vez que lo vio, el por entonces joven señor Necker, contaba con veintiún años; no siendo ésta una edad simbólica, le parecía el compendio de toda una eternidad.

En su último atardecer, el señor Scott entornaría su rostro hacia el amplio cristal situado sobre la puerta de entrada de Glawston House, la que venía siendo su residencia, con un toque de impaciencia e inseguridad, dejando éste su abrigo en una de las sillas de la entrada.

Cualquier detalle o gesto que proviniese de él era una lección de vida para Necker. Cuando un jovencísimo Hans conoció a Jeffrey Scott, su suerte cambió, formando parte de Glawston House como uno más de sus miembros, pasando de ser un niño de escasos conocimientos a un flamante universitario.

Jeffrey dispuso de todos los medios necesarios para ello.

En parte, todo lo que era, se lo debía a él.

En la actualidad, sentía que ya había cumplido con todas sus expectativas profesionales. Había sido profesor de la Universidad de Oxford, formando parte, en el pasado, del Tribunal de Núremberg, regresando a la Alemania de la que un día huyó, y cuyos principales focos de enseñanza en dicho país ahora lo reclamaban para participar en conferencias y otras ponencias en diversos congresos. De igual modo, lo hizo en diversas ciudades europeas.

Sin embargo, lo único que deseaba en la actualidad era mantenerse alejado de aquellos círculos. Desde su época de estudiante, las circunstancias sociales y humanas habían cambiado, a su parecer, demasiado. Dando carpetazo a todo ello, ahora solamente le

quedaba disfrutar de un tiempo libre cuyo significado por mucho que entendiésemos de libros, no conocía... Eso y seguir ocupándose de la nieta de una vieja amiga.

La joven Elisabeth, estaba a punto de licenciarse en periodismo y comunicación. Sus padres perecieron en un accidente automovilístico cuando ella tan solo contaba con cuatro años.

Para Elisabeth, Hans era su tutor, amigo y el fiel reflejo del modelo de conducta en el cual un día quería llegar a verse reflejada. Era junto a su abuela, a la cual trató muy poco mientras vivió, la única persona cercana de su pasado que le quedaba.

La imagen del humo de los cigarrillos dispersándose por todo el salón, era algo que aún Hanselman retenía en su mente, puesto que sus retinas se enturbiaban cuando pensaba en dicha realidad. El humo iba disipándose a medida en que el señor Scott dirigía su mirada hacia el amplio cristal situado sobre la puerta de entrada. Los ceniceros llenos de simbólicas colillas eran el presagio palpable de que los cazas terminarían con un escenario que fue cómplice y artífice de emblemáticos encuentros e incluso de conversaciones tan intensas que pasarían a la posteridad, así como de varios años de dedicación a la lectura, pereciendo la mayoría de sus artífices y protagonistas en aquella vorágine de desolación y perversidad.

Las miradas cruzadas en el salón principal, eran las únicas que hablaban por sí solas.

El triste aullido del pastor alemán presidiendo parte de sus veladas, con su acogedor pelaje, era lo único que rompió, por entonces, el silencio en dicho lugar...

Recordaba que esa noche, el señor Scott había organizado una celebración especial en su casa, con motivo del regreso de Gabriela Guzmán, así como el de la hermanastra de éste, Dulce Scott, haciendo escasas semanas que se habían reconciliado, tras varios años sin verse.

Su hermana, figura que acompañó siempre a Gabriela Guzmán, era más conocida como Arlette Toussen, o lo que era lo mismo, la Pantera Azul.

Las diversas personalidades que acompañaron a esta mujer, desgastada por la vida, fueron el mayor rasgo que la caracterizó, llegando a ser como una sombra para la misma Gabriela.

Los que esperaban en Glawston House la llegada de ambas mujeres estaban bastante tensos e inquietos.

No era tarde, pero con la llegada de la madrugada todo se disiparía, precipitándose de manera imprevista.

Hanselman Necker junto a madame Voulette, famosa modista francesa que heredó por azares del destino un título nobiliario que le sirvió para ayudar a ambas jóvenes, por entonces, acudirían previamente para informarles de que todo el plan previsto desde hacía tiempo, había salido según lo esperado. Pero llegarían demasiado tarde, a tiempo para contemplar el nuevo escenario, devastado hacía escasas horas...

Una figura de leopardo situada sobre uno de sus muebles favoritos era lo único destacable en dicho espacio. Con sus felinos ojos oscuros dirigidos hacia a un más que abrumado joven Hanselman Necker, dicha figura le envolvía de tal manera que intentaba situarse frente a la misma para contemplar la turbia botella de cristal que suspendía, a su lado, el líquido amargo de la última copa que tomaron momentos antes los que allí quedaron.

El silencio envolvió de repente dicho entorno en un agitado mes de octubre. La pluma se quedó goteando en el tintero y las palabras sin quien las escuchara.

Nada más entrar en Glawston House, el enmudecimiento del lugar iba acompañado por las tonalidades de los cuadros, perdiendo éstos el color de sus relieves, dando paso a un desteñido escenario en tonos rojos y negros, plasmados en el sentimiento de despedida para unos y, a la vez, de agradecimiento y plenitud para otros...

Horas antes, Jeffrey Scott dejó caer su copa. Se trataba de un dulce licor, empapando éste parte de un relato que no llegó a publicarse; las hojas se tiñeron de color púrpura y el cristal de bohemia que sostenía en sus manos, perdió su forma al caerse.

Un estremecimiento amargo le recorrió la sangre y sus notas ahogadas en el tono purpúreo de su copa, empañaron su obra, faltaba poco para terminarla pero ya no importaba.

Fue entonces cuando se esparcieron por los alrededores de Glawston House las hojas en blanco que marcaban el final de una página de memorias que apenas se había escrito, dispersándose el viento por sus alrededores, perdiéndose entre las únicas notas de silencio y la calma atemporal de recuerdos disipados junto a ellos, terminando desapareciendo con el agua salada en una fría noche de otoño.

Con el paso de los años, lo último que recordaba Hanselman Necker de aquellas inolvidables personas es que todas y cada una de ellas a pesar de haber transcurrido más de medio siglo, aún permanecían presentes en él.



2

Hanselman Necker tras retirarse de toda una vida dedicada a su prestigiosa carrera, aprovechaba cada instante de su tiempo sin tener que observar un reloj recordándole los asuntos que debía atender, o simplemente los escasos momentos que tenía para tomar un café con tranquilidad.

Habiéndose jubilado hacía ya varios años, no tuvo ninguna duda en trasladarse a España para disfrutar de los que serían sus días de esparcimiento y, a su vez, de descanso. Le gustaba su historia, sus costumbres y, sobre todo, su gastronomía. No obstante, prontamente debería regresar a Inglaterra.

El señor Necker, acostumbrado a levantarse sobre las seis de la mañana, en sus últimos días en Madrid, entre voces y sueños aturcidos, se demoró en salir más de la cuenta de la que venía siendo, aunque temporal, su vivienda. Entonces, su casera preocupada por él, decidió entrar en su departamento.

Hanselman parecía arder en fiebre, provocada por la conversación no demasiado entendible que mantenía consigo mismo, en pleno delirio de un sueño que parecía más bien una pesadilla de la cual pretendía huir.

Hanselman Necker consideró aquel despertar como un regreso al pasado, siendo un capítulo más de su vida, revivido en sus más hondos sueños, solo rotos por la preocupación de su casera, despertándole antes de que los recuerdos volvieran a él y se ensordeciera por el bullicio de la tierra sobre sus pies, así como del humo ya no de cigarrillos, sino de despojos de un pasado aún contenido en sus retinas.

La mañana ya había casi transcurrido, entonces un decaído y viejo Hans decidió cambiar su habitual paseo matutino por rellenar unas anotaciones en uno de sus últimos diarios. Con su fiel mascota Dantés alrededor suyo y su café sobre la mesa, se puso a escribir sobre varias hojas en blanco, recordando a la madrastra de Jeffrey Scott, habiéndola conocido solamente a través de diversas fotografías, viejos retratos escondidos en Glawston House.

Tanto dicha señora como Gabriela Guzmán eran españolas. Se acordó de ellas pensando que las mismas conocerían los lugares más emblemáticos de la capital, los mismos que ahora él iba descubriendo. Después de recordar a viejos amigos y sobre todo a su querida Gabriela Guzmán, dejó su bolígrafo sobre la mesa, pues no se inclinaba por las nuevas tecnologías a la hora de escribir.

En cuanto le despertó su casera, sentía que debía hacer varias cosas antes de regresar a Londres. Allí le esperaba una joven Elisabeth impaciente por trasladarse a Glawston House.

En la actualidad, se enfrentaba a otros tantos de sus retos personales. Recordaba con frecuencia las palabras de Jeffrey Scott: «¡Guarda esta copia de mi testamento! Todo lo mío pasará a manos de mi hija Emma algún día».

Un recién licenciado y apenado Hanselman Necker guardó a buen recaudo aquel testamento. En el mismo, Scott le dejaba toda su fortuna a su hija Emma, la única que reconoció, fruto de su relación con Gabriela Guzmán. Posteriormente, la misma Gabriela dejó en sus manos la tutela de su nieta Elisabeth, la hija de Emma, tras fallecer ésta en un accidente de tráfico y de cuya presencia no disfrutó lo suficiente.

Hanselman no entendía el proceder de Gabriela de querer mantenerse alejada de su nieta. Ésta era una bella joven, despierta e inteligente, no teniendo nada que ver con los tiempos que conocieron los demás. Era físicamente idéntica a Gabriela; ni tan siquiera su hija tenía sus mismos rasgos. Emma era más bien parecida a Jeffrey Scott, morena de ojos azules. Elisabeth, en cambio, era un

fiel retrato de Gabriela Guzmán; fácilmente si hubiesen sido de la misma época, se hubiesen confundido ambas.

Durante una de tantas mañanas, quedándose enfrascado en sus intensas sesiones de lectura, el silencio fue roto por una llamada telefónica. Era Elisabeth. La joven ya tenía fecha para el otorgamiento de su título universitario; ésta estaba organizando las últimas tramitaciones, así como el traslado de sus objetos personales a la que sería su nueva y asombrosa vivienda.

Hanselman Necker, tras tan feliz acontecimiento universitario, la acompañaría a Glawston House, a pesar de no tener demasiado claro el quedarse allí como su residencia habitual a partir de entonces, ya que vivió durante su adolescencia en dicho lugar y ello le transportaría a recuerdos que, en cierto modo, quería olvidar al considerarlos dolorosos, sobre todo en su última etapa.

No obstante, sería una casa demasiado grande para Elisabeth, recordándole la promesa que le había hecho a Gabriela, la de permanecer junto a su nieta cuando ésta lo necesitase y ahora tenía el presentimiento que lo necesitaría más que nunca.

Glawston House no guardaba ningún secreto, destacado era el hecho que algún día fue escenario de innumerables tertulias y reuniones. A pesar de ser un lugar con grandes e interminables espacios, actualmente más que un salón, sería solamente una vivienda a la cual se tendría que acostumbrar la joven Beth.

Aquel inmueble no podía pasar a otras manos, sino con todo ello se iría parte de su historia desde el primer Scott que lo mandó construir, y aunque ahora estuviese restaurado, quedó igualmente tal y como estaba en un inicio. Gran parte de las obras creadas en dicho entorno no habían salido a la luz, así como otros documentos relativos a aquella época. Todo ello estaba cautelosamente guardado en algún lugar dentro de la propiedad.

Beth solamente conocía parte de la historia, ya era el momento ahora que pasaba a sus manos que descubriese el contenido de aquellas hojas, de algunos borradores, así como de otras obras que

permanecían resguardadas bajo varias capas de polvo y algunas telarañas.

Envuelto aún en sus pensamientos, Hans recordaba agobiado y apenado, cuando tras el ataque de una aeronave, ésta asoló parte de la propiedad de Glawston House y sus alrededores, quedando aquel lugar alejado de todo el mundo.

El señor Scott, propietario de aquel salón y sus linderos, no tenía más familiares que su hija Emma Scott Guzmán, correspondiendo a ésta todos sus bienes.

A pesar de aceptar su última voluntad, su hija nunca dispuso de tal herencia, pasando íntegramente a su nieta Beth, la cual invirtió parte del dinero recibido de dicho legado en la remodelación empezada años atrás, dejando la que sería su nueva residencia tal y como estaba en un inicio.

Hanselman Necker, mientras regresaba a Inglaterra iba pensando en todo ello.

Al viejo profesor le venían en mente varios episodios de su vida como si se agolparan en uno solo.

Hacía muchísimos años, siendo un sagaz chiquillo, logró escapar de su país camuflado en una camioneta de reparto de víveres, pasando con temor y recelo la frontera alemana-francesa. No podía evitar relacionar dicho episodio con el de la última vez que entró en Glawston House. Ambos eran recuerdos presentes en su memoria, estando vinculados con la nación que le vio nacer.

A su vez, recordaba nítidamente cuando andaba durante largas horas por diferentes barrios haciendo cualquier menester, desde repartir periódicos hasta trabajar por las noches en una panadería.

Pensaba que si algún día podía llegar a pagarse su propio pan, ya no encontraría a más gente bajo cartones, con largas barbas y completamente descuidados. Los veía como gigantes, gigantes débiles; no le harían ningún mal mientras no se acercase demasiado, puesto que solo querían resguardarse en un pequeño espacio, encontrando un halo de calor en la sombra, sintiéndose más seguros como ánimas perdidas de entre las demás, pasando cada velada

atravesados por las cortantes puntas de los cuchillos del frío de la noche.

Por aquel entonces, un jovencísimo Hans permanecía en su pequeña guarida, bajo el sótano de una casa deshabitada. Sigilosamente, se asomaba tras las rejas de ésta, viendo pasar a gente anónima que buscaba encontrar sentido a su supervivencia.

Rezagado en uno de los portales en los cuales solía esconderse para no ser visto, observaba, al mismo tiempo, la otra cara de la moneda, viendo a otros que pasaban elegantemente vestidos, contrastando con todo lo que había conocido hasta entonces.

Todo cambió para él cuando un mundano y hasta entonces desconocido Jeffrey Scott lo invitó a pasar al interior de un bar francés que rodeaba aquella ratonera en donde el pequeño Hans se refugiaba, invitación que él declinó debido a su rudo y desagradable aspecto, tan diferente al de los señores que allí entraban.

El que sería su inmortal señor Scott, al percatarse en varias ocasiones de su presencia en dicho lugar haciendo cualquier menester, le dio trabajo en su casa. Debía de recogerle el periódico y ayudarle en asuntos de escasa importancia al contar solamente por entonces con nueve años.

Jeffrey Scott, recogió al pequeño Hanselman pensando en que algo malo le podía llegar a pasar por aquellas calles. Lo llevó hasta la casa que tenía alquilada en Francia, le asearon, le compró ropa nueva y desde entonces siempre tuvo un plato caliente de comida, una habitación propia, así como un lugar en la vida del señor Scott, sin entender nada por entonces un jovencísimo Hans de tan noble acción por parte de ese señor.

Pasados los años, era destacable que el señor Necker siempre se había caracterizado por su discreción, gozando de una buena salud a pesar de todas las enfermedades que le rodearon en su tiempo.

Nunca emitió juicios de valor, discrepó o habló más de la cuenta. Era un hombre cabal, más bien tímido, pero los años y la experiencia le hicieron volverse un tanto rudo y severo con los que no lograban ganarse su confianza.

Hanselman Necker estaba más cansado psíquica que físicamente, pues sobre él llevaba la carga de haber guardado infinidad de secretos durante muchos años, los cuales de haberse conocido tiempo atrás, le hubiesen perjudicado gravemente.